

En mayo había ya un gran deseo de que acabara la escuela. En casa los postigos permanecían entornados, porque el sol era demasiado fuerte y cegaba. Una rendija incandescente atravesaba la penumbra del cuarto. Junto con aquella luz, llegaban los ruidos de fuera y se podía imaginar lo que estaba sucediendo en la calle. Cualquier ruido, hasta el más pequeño, me distraía del cuaderno de los deberes. Eran sólo pasos o el chirriar de un tranvía a lo lejos. Si hubiera oído la voz de un solo niño, no habría resistido y habría huido de los libros para correr a jugar, pero era demasiado temprano: justo acababan de comer, por lo que aún estaban todos en sus casas.

Un ángulo de la mesa permanecía siempre preparado con un plato cubierto para mi hermano mayor, que aún no había vuelto de la escuela. Mi madre estaba ahí, en el otro cuarto, arreglando cajones. Tenía la manía de poner orden siempre en los cajones y tal vez se recreara un poco contemplando de vez en cuando la lencería de mejor calidad. Yo había visto también a mi

abuela hacerlo con frecuencia: probablemente la de mirar lo poco bueno que poseen sea una ingenua manía de los pobres.

Llegó, inesperado, el sonido de una pianola. Al instante reconocí las notas de aquella canción. Tenía un tío que no paraba de cantar y aquel motivo lo oía con frecuencia. Me levanté en silencio y me acerqué a la ventana del cuarto. Mi madre estaba arrodillada entre las puertas del armario y ni siquiera se volvió. Sólo dijo:

«¿Son ésas las ganas que tienes de estudiar?»

Entre las rendijas de los postigos podía ver la Via Cantoni desierta y la pianola de madera negra en un mar de luz cegadora. Algunas empleadas de una tienda de artesanía estaban sentadas en el escalón de la entrada, en la línea de sombra de la pared, mirando a otras dos que se habían puesto a bailar. Se reían todas juntas, pero no se entendía lo que decían. Seguro que hablaban de asuntos de amor. Cuando acabó la música, entraron en la tienda de mala gana; dos de ellas se persiguieron con un repentino arranque de alegría, dando una gran vuelta en derredor, como queriendo retrasar un poco más la entrada en la obscuridad de la tienda.

«¿Eres tú?»

Oí la voz de mi madre preguntar a mi hermano, que llegaba a casa en aquel momento: «¿Cómo es que has tardado tanto?». «Pues... por culpa del tranvía.» «Se te habrá quedado fría la comida.» «Mejor. ¡Con este calor!»

En la cocina me encontré a mi hermano, que estaba comiendo con muchas ganas. Le pregunté en voz baja

si habían esperado al «pata de palo». Llamaban así a un trasto de tranvía aún en circulación y los chicos, que, después de la escuela primaria, iban a la escuela en el centro, se daban una tácita cita en el «pata de palo». Era una forma segura de encontrarse, porque ya circulaban muy pocos de aquellos tranvías viejos. A veces había que esperar más de media hora, pero, ¡también estaban las chicas! Los mayores, como mi hermano, tenían más oportunidades de hablar con ellas, porque sus clases eran mixtas y, además, se veían todos los días en el tranvía. En cambio, nosotros, que éramos un poco más pequeños, raras veces coincidíamos con ellas: sólo con motivo de algún juego y, cuando así era, sentíamos una extraña emoción.

Jugábamos sobre todo en la calle. La calle era para nosotros el mundo entero y ni siquiera pensábamos que pudiese haber en nuestro futuro algo diferente de aquella calle y de aquellos compañeros. Si había una pelota, echábamos partidos interminables, que duraban toda la tarde. Si no, improvisábamos juegos de todas clases: el amo de la montañita, para ver quién era el más fuerte; la toña con mangos de escoba (una vez, me gané una en un ojo y mi madre se asustó muchísimo), las figuritas, el *Giro* de Italia con canicas, el aro guiado con un alambre. El aro era una llanta de bicicleta: recorríamos todo el barrio corriendo y con gran estruendo de chatarra, porque éramos una buena «caterva» de chicos. Nos parábamos delante del cine del barrio a contemplar los carteles. Nos parecían películas maravillosas; casi nunca íbamos al cine público, porque echaban películas en las que se besaban. Íba-

mos sólo al cine de la escuela parroquial. Una vez vimos a Sigfrido matar un dragón y pasamos una temporada haciendo esgrima con espadas hechas de saúco y por todas partes había dragones a los que ensartar, con lo que nosotros nos volvíamos invulnerables e inmortales como el protagonista de la película.

La tarde acababa cuando veía a mi padre despuntar por el final de la calle en su bicicleta. Volvía del trabajo y llevaba, colgada de la barra, la bolsa de la comida. Yo quería ser quien llevara a casa la bicicleta, conque, antes de cargar con ella al hombro para subir la escalera, podía dar una vueltecita delante del portal. A veces, me la dejaba para ir hasta el quiosco a comprar el periódico.

«Pero, ¡vuelve en seguida y ten cuidado!», decía.

No recuerdo haberle oído nunca levantar la voz.

Mi padre era un hombre apacible y humilde, incluso con nosotros, los niños, y hasta ahora no me he dado cuenta de que la poca autoridad que me inspiraba se debía precisamente a aquella humildad suya, que era una virtud. Leía el periódico en una silla junto al sofá (para no desgastarlo, creo yo) y varias veces lo vi mover la cabeza mientras pasaba las páginas y decía a mi madre:

«¡Pobres de nosotros!»

Una vez le pregunté:

«¿Por qué “pobres de nosotros”?»

No me respondió.